

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 12

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL
SOLAR Fernando EGUREN Alberto
GONZALES Álvaro HENZLER Max
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

FARID MATUK

«SE PUDO QUEBRAR EL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA;
NO SE LOGRÓ, FUIMOS DERROTADOS, MALA SUERTE...
Y ESTAMOS EN EL PEOR MOMENTO DE LA HISTORIA
PARA HACER UNA REVOLUCIÓN».

En la universidad mi padre había sido del Partido Comunista; se graduó de ingeniero químico y cuando llega el golpe de Odría y viene una ola macartista, a él, que trabajaba en Goodyear, lo despidieron por su pasado comunista. Así es como acaba en Venezuela. Allí vivían mis padres cuando mi madre quedó embarazada, regresó al Perú, me dio a luz y a los tres meses regresamos a Venezuela.

Me acuerdo del golpe militar de 1962 porque estábamos volando con mi padre de Caracas a Lima en un viaje de visita y nos quedamos varados, sin plata, en Curazao porque habían cerrado el aeropuerto de Lima y el avión, que acababa de despegar de Caracas, no continuó el vuelo. Ese día mi padre despotricaba contra el gobierno militar. A los siete años, ese es mi primer recuerdo de un hecho político.

Viví en Venezuela con mis padres, hasta los ocho años. En 1963 vinimos al Perú por decisión de mi padre, por la reforma agraria de Belaunde, durante sus primeros cien días. En Venezuela las cosas de la casa no se vendieron sino se regalaron a unos guerrilleros, lo que recuerdo que mis padres decían era porque los guerrilleros eran personas idealistas.

En 1968 tenía trece años, mi padre estaba en el hospital y mi madre y yo íbamos en colectivo por la Vía Expresa. Recuerdo haber visto, por Surquillo, soldados en la parte alta de los edificios y comentarle a mi madre: «Nunca hay soldados en esos techos». Era el 3 de octubre, el día del golpe militar. Me di cuenta de que había otro golpe militar, que mi padre se lo compró entero, con fe absoluta en el proyecto socialista de Velasco. En el contexto de la apertura a la órbita socialista, mi papá tomó una suscripción a *Granma*, el periódico del Partido Comunista Cubano y comencé a leer lo que se publicaba ahí.

Tuve una temprana exposición a lo que era un mundo ideal, a la literatura comunista y al Partido Comunista Cubano. Estando en quinto de media, en el periódico mural del colegio La Salle publiqué un recorte del *Granma* y el director del colegio me llamó para preguntarme de dónde había sacado eso y le dije: «De mi casa, mi papá lo compra, le llega semanalmente».

Me viene a la mente la figura del hermano Alberto Peinador, que en La Salle era encargado de la biblioteca. Él vino al Perú refugiado de la guerra civil española y no regresó a España hasta bien muerto Franco. Trabajé en la biblioteca del colegio desde segundo hasta quinto de media, y el hermano Alberto me daba para leer lecturas que él consideraba interesantes. Durante cuatro años de colegio, aparte de atender a las cuatro personas que pedían libros en la biblioteca, me quedaba dos horas diarias leyendo en la biblioteca y leí hartito, hartito. He leído muchas cosas de filosofía, Santo Tomás de Aquino, San Agustín... Eso me dio una perspectiva, más allá del ambiente político, un elemento cultural, dirigido por un republicano español bastante educado. La cercanía con él fue tan grande que el apodo que tenía en el colegio era «el hijo del cura Alberto». Le regalé el Cristo de Dalí y un día que regresé al colegio vi que lo había llevado al aula de clase donde era el titular. Entonces, la figura que me marcó en la educación preuniversitaria fue el hermano Alberto y llegué a la universidad con una formación clásica, probablemente de orientación republicana.

Cuando entré a la Universidad Católica en 1973, ya estaba totalmente politizado y de cachimbo acabé en el centro federado de Estudios Generales Ciencias, porque inicialmente entré a Matemáticas. En ese contexto, el Che Guevara y Ho Chi Ming eran figuras emblemáticas, y toda la literatura del Partido Comunista, el *Granma*, eran los elementos emblemáticos. Estando en la universidad obviamente empecé por Marx, leí todo *El capital*, los *Grundrisse*... habré leído el cincuenta por ciento de las *Obras completas*. Básicamente Marx y Engels fueron mi literatura más importante hasta 1975. Me enrolé entonces en el partido trotskista, el Partido Socialista Internacionalista, con Toni Zapata, Carlos Trigoso y Nicolás Lúcar.

Recuerdo mucho que *Granma* declaró que Heberto Padilla era un contrarrevolucionario y me pareció insólito que un poeta fuera contrarrevolucionario. Busqué y compré su libro en esa librería que quedaba en Camaná, entre Colmena y Chota. Lo leí y dije: «No, aquí hay algo que no es el poema contrarrevolucionario», porque yo tenía una idea de la revolución, había escuchado a mi padre qué era una revolución, sabía identificar a un revolucionario. Ese fue, para mí, un hecho emblemático. En la universidad había gente que coincidía en que Padilla era contrarrevolucionario y yo decía: «¿Por dónde, cuál es la acción contrarrevolucionaria que ha hecho?». Yo tenía un discurso absolutamente político de lucha de clases y me preguntaba: «¿A qué clase representa?». A la ortodoxia del análisis marxista sumé un pensamiento

crítico muy fuerte que me llevó a investigar por mis propios medios. «Ah, fulano es contrarrevolucionario, a ver qué hizo». A Padilla nunca le encontré nada de contrarrevolucionario; era una excusa formal. Eso fue lo que me llevó al trotskismo, distanciándome de lo que era el grueso de Católica, que era puro Vanguardia.

Entonces, acabé como trotskista y seguí como trotskista. Con los trotskistas leía mucho más que los maoístas. Y con la responsabilidad de cambiar el mundo, básicamente acabé en el aparato del partido: me dediqué al mimeógrafo, que hasta el fin del gobierno militar era una actividad clandestina e ilegal. Hacía mimeógrafo, hacía *back-office*.

«SI NO HAY MASAS, NO HAY
REVOLUCIÓN. LA REVOLUCIÓN
ES UN HECHO COLECTIVO,
DE GRAN ESCALA, NO DE VEINTE
O CIEN PERSONAS».

En cuanto al concepto de revolución, para mí el hecho importante es que en noviembre de 1979 voy a un congreso trotskista, en Rimini, en el norte de Italia, donde se discutió la viabilidad de la lucha armada. En esa época estaban el PRT en Argentina, los Montoneros en Uruguay, el POR en Bolivia. En el Perú todas las variantes del trotskismo se habían unificado en torno a Hugo Blanco, quien básicamente elaboró la posición del Perú, que fue: eso no camina sino parte de las masas, no de grupos clandestinos. Una visión totalmente soviética de la lucha armada como insurrección armada, no como un movimiento foquista. Ahí tuve un acercamiento a la discusión sobre la lucha armada bastante más temprana que otra gente en el Perú.

Un componente de la revolución es qué forma material adquiere, el umbral revolucionario. Un elemento de discusión era si necesitas armarte o no, o si necesitas construir un partido de masas. La posición nuestra era construir partido de masas; no era armarse. La revolución no es una revelación individual o de una secta, que se arma y esa va a ser la chispa que encenderá la pradera, sino que es un partido de masas y si no hay masas, no hay revolución. La revolución es un hecho colectivo, de gran escala, no de veinte o cien personas.

En ese sentido, la acción política consistía en tener un partido de masas y creo que la gran oportunidad perdida fue la ruptura de ARI de 1980. Fue la oportunidad de oro para tener un partido de masas. Se venía con mucha inercia con los paros nacionales de 1977 y 1978, la Constituyente en 1979. Como lo he explicado

en otras oportunidades, la ruptura de ARI básicamente ocurrió porque Patria Roja quería ir mitad y mitad con Hugo Blanco; Vanguardia Revolucionaria quería ir mitad y mitad con Hugo Blanco; y Hugo Blanco quería ir un tercio, un tercio y un tercio. Al final, como en «el dilema del prisionero», las ambiciones individuales no optimizan sino minimizan: ni Patria ni Vanguardia cedieron pasar de un medio a un tercio, porque la alianza con Hugo Blanco era inevitable, él tenía todos los votos; era tragarse el sapo, tanto para Patria como para Vanguardia. Ahí es que todo se rompe y hay un primer desencanto.

Entré a la universidad a Estudios Generales Ciencias, para estudiar Matemáticas, en 1973, me pasé a Historia en 1974, acabé Historia y después acabé Economía en 1982: abarqué diez años en la Católica. La carrera de Economía la hice a medio tiempo, Historia era bien papaya: podía hacer Historia a tiempo completo y trotskista a tiempo completo, pero Economía fue a medio tiempo y trotskista a tiempo completo.

Al terminar, en 1983 entré a trabajar como jefe de práctica y me desembarqué; estaban en el proceso de creación del PUM, del que me excluí. Para mí la posición había sido o hacemos un partido de masas, que incluya a Patria Roja, o seguimos en lo mismo. Lo del PUM era una solución mitad y mitad con Vanguardia y la periferia de Vanguardia. Me desembarqué de la militancia en el verano de 1983.

Había estado ocho años a tiempo completo, que era destinar unas treinta o cuarenta horas semanales que dediqué básicamente a lo que era *apparatchik*. En el periodo anterior a 1980 era el lado clandestino: el periódico, tipear los textos, comprar el papel, la impresión. Luego, en la transición 1978-1980 fue viajar, recolectar firmas; viajé por todo el Perú. Tenía carro; entonces transportaba a todo el mundo de un lado a otro para participar en mítines. En 1980 fui el personero del PRT en Lima; Nico Lúcar era el personero nacional.

En esos ocho años mis padres me dieron absoluto respaldo. Me detuvieron en 1976, con ocasión de la visita de Kissinger al Perú; estuve dos noches en Seguridad del Estado, no era tan dramático. En 1993 estuve cuatro noches en DINCOTE. Durante el periodo de militancia la vida familiar fue bien *light*; vivía en casa de mis padres y nada pasaba. Pero más bien, ya sin militancia, mantener una posición política radical sí me complicó la vida. La acusación de «embajador del terror», en 1992, de boca de Daniel Espichán —quien era procurador antiterrorismo— y mi detención posterior en 1993, fue una cosa bien complicada. De 1992 a 1993 no pude salir de Lima porque estaba requisitoriado. Cuando me detuvieron, una parte sustantiva de mi familia dejó de reconocermme como pariente. Yo no militaba, pero eso fue consecuencia de un hecho político.

Durante el gobierno de Fujimori, con Óscar Dancourt dirigimos *Actualidad Económica*, que era una revista mensual, de oposición económica. En 1992, un mes

después de la captura de Abimael, Daniel Espichán —que era un operador del gobierno contra los opositores políticos— salió con una primera lista de «embajadores del terror»; en la segunda lista me incluyó y la acusación formal fue que el 28 de julio de 1990 había estado en París, en el tedeum de la embajada peruana en la iglesia Saint Sulpice, y que había gritado vivas a Sendero. Según el procurador, un colaborador eficaz había presenciado ese hecho. Tuve que probar con el movimiento migratorio que no había estado en Francia. Entretanto, estuve con orden de captura y un montón de gente intervino por mí. Nicolás Lúcar consiguió que Ketín Vidal preparara un *dossier* ad-hoc en el que se establecía que no era terrorista. No sirvió cuando me capturaron: en la DINCOTE dijeron que la orden venía del Poder Judicial. Alberto Varillas envió un edecán a la DINCOTE para preguntarme cómo estaba. Mariella Balbi habló con Serpa Segura en la Corte Suprema. Un compañero de colegio habló con el almirante a cargo de Inteligencia Naval, que habló con Montesinos. Castañeda, que era vecino de mi suegro en ese entonces, habló con Blacker Miller, que jugaba tenis con Montesinos. María Luisa Martínez, de Univisión, le hizo una entrevista a quien era mi esposa en ese tiempo. Benito Portocarrero estaba en el programa «Fuego Cruzado» con Mariella Balbi; ahí también salió algo. Nico entrevistó al ministro de Justicia Santa Gadea, y la primera pregunta que le hizo, a quemarropa: «¿Usted no considera que el caso del señor Matuk es un error?». Y Santa Gadea le dijo: «Sí pues, errores se cometen». En mi tercer día de detención, a las seis de la tarde me llamó el general Domínguez, en DINCOTE y me dijo: «El doctor ha solicitado que se le dé facilidades». Ocurrió que hubo un elemento de cobertura muy grande y salí a los cuatro días de ser detenido, en contra de las previsiones de todos los que me decían: «Te quedas 15 días, sí o sí, nadie sale antes de 15 días».

Sigo siendo un opositor al *statu quo*. Pero desde 1983 nunca he retomado la militancia porque no veía un partido de masas, porque no veía un nivel de organicidad mayor, no lo veía como algo que tuviese un impacto material tangible. No encontré a nadie. Hay protoformaciones como el Frente Amplio. En la última campaña electoral, una candidata me dijo: «¿quieres estar en el Frente Amplio?». «Si quieres, invítame», dije, pero nunca me llamaron.

«LA RUPTURA CON MARX —SI HAY
ALGUNA— ES QUE SU MODELO NO
ADMITÍA UN MODO DE PRODUCCIÓN
NUEVO ENTRE EL CAPITALISMO
Y EL SOCIALISMO».

El profesor McKenzie Wark, de The New School en Nueva York, escribió *Un manifesto hacker*, en el que argumenta que estamos en un nuevo modo de producción y todo lo demás es igual: materialismo, lucha de clases, etcétera. En este modo de producción es importante la propiedad de intangibles —las patentes, la propiedad intelectual—, todo lo demás es igualito. La irrupción de este nuevo modo de producción ha destruido lo que se conocía antes y ese nuevo modo de producción es la fuerza dominante en el mundo, que impone los tratados de libre comercio. Hay un nuevo modo de producción, pero todavía no hay conciencia de clase de esta nueva clase explotada. Por lo tanto, la capacidad de hacer partido político es materialmente imposible; lo único que queda es construir tejido social, hacer organizaciones protopartidarias, como sindicatos, asociaciones, etcétera, como ocurría en 1860. En ese contexto, Donald Trump es una restauración borbónica; son las viejas clases sociales destruidas que irrumpen en el poder, en un intento agónico. Pero la nueva élite en Estados Unidos no son los que tienen fábricas sino los que tienen propiedad intelectual, los que tienen marcas: Apple, Oracle. Ya no son la Ford, Rockefeller, White-Westinghouse.

McKenzie Wark califica el nuevo modo de producción como un modo de producción pastoral, en el sentido de que la producción está fragmentada. El capitalismo ya no es capitalismo porque el concepto básico del capitalismo es la creación de la gran planta. En «Tiempos modernos» de Chaplin el concepto básico es la megaplanta. Donde se crea valor ahora, donde se crea productividad intelectual, inherentemente hay fragmentación; ese es el concepto de pastoreo: dispersas el ganado para que pastoree. Siguen siendo explotados.

Lo esencial es que la creación de propiedad intelectual se encuentra fragmentada. Por ejemplo, si haces una película contratas gente, le pagas un sueldo, te quedas con la propiedad intelectual, despedes a los trabajadores y haces plata con el producto. Se contrata al director que al final recibe un sueldo y las gracias, y se acabó; si la película salió buena el dueño hace un cerro de dinero. Haces un software, contratas gente, lo preparas y los despedes, lo vendes, tienes la propiedad intelectual. Hay una fragmentación de la propiedad intelectual. Tienes todos los mecanismos convencionales, pero el producto final no es un tangible sino un intangible y punto.

La ola revolucionaria, como se decía en esa época, pasó por la protesta en Francia en 1968, por la oposición a la guerra de Vietnam en 1972, por la revolución sandinista en 1979. En ese momento se pudo quebrar el modo de producción capitalista; no se logró, fuimos derrotados, mala suerte. Ha entrado un nuevo modo de producción, una nueva élite, unos nuevos explotados y estamos en el peor momento de la historia para hacer una revolución. La gran diferencia, la ruptura con Marx —si hay alguna— es que su modelo no admitía un modo de producción nuevo entre el capitalismo y el socialismo.

«LA ACADEMIA ES MUY
SILENTE EN EL PERÚ, NO ES UNA
ACADEMIA ACTIVISTA».

He estado en lugares medio infames. He trabajado dos años en Angola con los británicos; en Irak tres años con AID [USAID, United States Agency for International Development]; en Yugoslavia después de la caída de Milosevic, un año con AID; he estado en Nicaragua dos años con AID y dos con el BID [Banco Interamericano de Desarrollo]; en Bolivia, un año con el Banco Mundial. Te contratan por lo que sabes hacer, te pagan un sueldo. Ya no hay macartismo: si sabes ser albañil, eres albañil, te contratan y te despiden. Hago números, sé leer los números, sé entender, como he estudiado historia sé escarbar en lugares donde nadie mira, en lugares insólitos. Mi ventaja diferencial es la historia y haber estudiado matemáticas, lo que me da una fluidez con los números bastante grande.

He sido muy crítico, sigo siendo muy crítico y sigo teniendo conflictos con la inteligencia local de la izquierda. Mi tránsito por el gobierno, con Toledo, por un lado me dio reputación pública y, por otro, creó algunos puntos de conflicto muy grandes. Mi estilo personal es muy hostil, me voy de frente al choque, no creo en el consenso. No hay un punto intermedio: no es que la tierra a veces gira en torno al sol y otras veces al revés, no. Ciencia es ciencia. He tenido muchos debates con la academia. El tema de la pobreza creo que ha sido el tema de mayor debate; he insistido en que no hay reducción de la pobreza, todo sigue siendo tan miserable como antes. Alguna vez, cuando estaba en Irak, me preguntaron de *La República*: «¿Por qué nadie más dice lo que usted dice?». «Bueno, dije, tendrían que venirse a Irak, salirse del Perú, los espacios de refugio confortable en el Perú son bien limitados». Buena parte de la academia no tiene presencia pública. La academia es muy silente en el Perú, no es una academia activista.

Mi esposa me criticó: «¿Cómo puedes cuestionar a tres gobiernos al hilo, eso explica por qué no tienes trabajo hasta ahora!», porque estoy sin trabajo desde noviembre del año pasado. Me sigo comiendo broncas con los gobiernos, no me mantengo silente. Vengo argumentando que el salario mínimo que ha dejado el gobierno de Humala es el más alto de los últimos cuarenta años, nos guste o no nos guste. Y lo que se viene es una destrucción de ese salario mínimo. Es un argumento que estoy desarrollando, y no lo comparto con nadie más. La izquierda está en otra dinámica, en la del medio ambiente. En ese sentido, soy más tradicional.

No he cambiado un ápice y repetiría lo que hice. En ese momento era lo mejor que se podía hacer. No me arrepiento ni una pulgada. En una entrevista que me hicieron en *Perú 21*, me preguntó el periodista: «¿Y usted es trotskista?». Le respondí: «Ser trotskista ahora es como hacer música barroca en el presente; en su momento estaba bien, pero ahora es absolutamente fuera de contexto. Tiene un valor histórico indudable, pero ahora es totalmente irrelevante».

A veces soy entrevistado por *La República* o *Hildebrandt en sus trece* me saca una página entera. En Radio Exitosa me llaman de vez en cuando. Mantengo una cuenta en Twitter, hiperpolitizada, y tengo diecisiete mil seguidores. Tengo un impacto hacia la gente.